El misterio del por qué

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Existe una divergencia principal de pensamiento entre la metafísica, la filosofía, la religión y la ciencia, en tres palabras sencillas. Estas son: *cuándo, como y por qué.* Las primeras dos palabras, son la motivación primaria de la ciencia. La última, *por qué,* es el enigma que por muchos años ha desafiado a la religión, a la metafísica y a ciertas escuelas tradicionales de filosofía.

Cómo sucede un fenómeno es algo que requiere un enfoque empírico. No es sino la búsqueda racional y objetiva de las causas físicas. Al adquirir conocimiento, es decir, al saber cómo ocurren ciertos eventos *natura/es,* también es posible vaticinar, frecuentemente con una certeza fiable, el momento en que volverán a ocurrir. En otras palabras, el cuándo y el volverá a suceder, se convierten en algo *conocido.* La determinación de las leyes naturales implícitas responsables del *cómo,* contribuyen al aprendizaje del *cuándo,* es decir, la frecuencia del acontecimiento. Por ejemplo, en la actualidad nos estamos acercando, a través de la ciencia de la sismología, a la predicción de los terremotos. Es el conocimiento de su *causa* lo que hace posible la determinación de sus efectos catastróficos.

La ciencia, tal y como se conoce hoy día, tuvo sus principios en la antigua Grecia. Sus primeros grandes contribuyentes fueron los pensadores y filósofos: Tales, Heráclito, Demócrito y el famoso Aristóteles. No obstante, en forma concomitante a dichos pensadores se hallaban quienes exponían un *por qué,* con respecto a los fenómenos percibidos por el hombre. Sus explicaciones estaban relacionadas al panteísmo prevalente, una creencia en varias deidades.

Las fuerzas naturales habían sido glorificadas, como dioses del trueno, lluvia, fertilidad, estaciones, etc. En una forma más sencilla, la pregunta del *por qué,* era concebido como el resultado del acto determinante de la *mente* de un poder sobrenatural. Se creía que estos dioses daban un *propósito racional* a los eventos de la naturaleza.

Los pensadores modernos que cavilan respecto a los misterios de los fenómenos físicos del cosmos, ¿deben recurrir a la abstracción y a las teorías para hallar el por qué de todo? En el enfoque objetivo de la ciencia, existe la posibilidad de que el hombre explique y analice los fenómenos físicos y descubra sus causas, pero el hallazgo de un factor implícito abstracto del *por* qué, yace más allá de la esfera de la comprensión humana. Cuando la ciencia descubre cómo acontece un fenómeno, aprende al mismo tiempo una especie particular de por qué. Mas no se trata de un por qué teleológico, es decir, un acto deliberado e intencional.

Por ejemplo, cuando algo cae sobre la Tierra, sabemos que se debe a la ley de la gravitación universal que ejerce su influencia sobre la masa. No implica un acto determinante, un escoger entre que eso debía suceder, en lugar de que ocurriera otro hecho. El asumir que todos los fenómenos

naturales son consecuencia de una serie de actos planeados, de un orden predeterminado, implica la existencia de un poder manipulante tras el cosmos. Además, significa que todos los fenómenos no sólo se concibieron individualmente para su función particular, sino que también existe una coordinación entre ellos para lograr un cierto *objetivo final.*

La mente humana puede investigar los fenómenos particulares, descubrir lo que nosotros llamamos sus causas y asumir que éstas tienen el propósito que percibimos. Sin embargo, el asumir también que dichas causas *colectivamente* en el universo físico, tienen el propósito de realizar un objetivo concebido, yace más allá de los poderes finitos del hombre. Tales conceptos pertenecen al reino de la ontología metafísica pura y de las diversas especulaciones de la teología.

Esos conceptos especulativos implican la existencia de una mente infinita, como la causa primaria de todo. Mediante esa noción, el hombre se interesa en una omnisciencia que trasciende en mucho la posibilidad de la comprensión humana. En sus especulaciones teológicas o metafísicas, el hombre podrá hallar satisfacción personal en la creencia de una causa teleológica, un plan cósmico específico. Mas no es posible un conocimiento verificable y personal del mismo. Para mayor brevedad, una causa final y divina, como el *por* qué de todas las manifestaciones cósmicas, no está dentro de la capacidad intelectual o de la comprensión humana.

Cómo y Por Qué

Con el avance de la ciencia, el hombre aprenderá más acerca de *cómo* funciona el universo. Pero respecto a *por qué* existe éste, no puede saberlo. Este por qué particular continúa siendo un misterio. Es la continuación de las antiguas interrogantes filosóficas, tales como: "¿Cómo puede existir un universo sin principio?" y "Si algo no puede provenir de la nada, ¿de qué y por qué ese algo sucede?" y también, "Si tras o antes del universo físico existió una *mente causante,* entonces, ¿por que existe tal dualidad?" En otras palabras, ¿por qué necesitaría esta mente una substancia física como el universo, en contraste a sí misma? Se trata de misterios que no podemos desentrañar.

Estas preguntas están relacionadas también al problema metafísico y filosófico de la *causalidad.* ¿Existen en realidad las causas en la naturaleza o existe sólo una sucesión de cambios, es decir, un eslabonamiento, una fusión de un fenómeno en otro? Lo que el hombre nombra como causas, ¿son sólo su percepción de cómo estas variantes de la energía cósmica dan por resultado sus manifestaciones aparentemente diferentes? ¿Es posible que la causa, a la que se refiere el hombre, sea sólo un atributo de la función de la mente humana? Es decir, en la misma forma en la que él percibe la naturaleza, ¿también atribuye una función similar al cosmos?

No es ni la responsabilidad ni el propósito de la ciencia académica el encontrar una causa inicial más allá del universo físico. No es posible fabricar los instrumentos mediante los cuales esto pueda averiguarse. Desde luego, un científico puede, como lo hacen muchos, asumir que existe una causa teleológica tras el Cosmos o que funciona dentro de él. Esto puede

resultarle más agradable que el incomodar su mente con un misterio insondable.

Cuando nos enfrentamos ante las vicisitudes de la vida, también resulta más cómodo y nos da mayor solaz el pensar que la existencia humana no es sólo una simple producción mecánica. Esta forma de pensar proporciona al ego humano un sentimiento de propósito personal, un sentimiento de ser un elemento, no importa que tan finito, en un inmenso plan infinito. Con todo, los humanos tienen que darse cuenta de que su concepto, como el que puede existir en una de las diversas ideas religiosas acerca de lo que este plan primario fue, o su propósito final, nunca podrá aceptarse en forma universal. Simplemente, la inteligencia variante de los hombres, por lo general concebirá esta mente trascendente tras el cosmos, en el sentido de que se trata de un objetivo y/o un propósito para la humanidad.

Este tema no es sino otro ejemplo respecto a la naturaleza de la *creencia.* Existe la aceptación común de una creencia en carácter de *absoluta,* donde el conocimiento sensorio empírico no es posible. Desde luego, no podemos tener realmente un conocimiento absoluto derivado solamente de la razón y de la creencia. Por lo general estamos obligados, como mortales que somos, a aceptar o a depositar nuestra confianza en nuestras experiencias objetivas siempre y cuando no puedan refutarse, pues nuestra existencia física depende de ellas.

A falta de conocimiento perceptual, las creencias pueden apaciguar la mente. Empero, siempre tienen que ceder ante las pruebas objetivas, pues éstas tienen una aceptación más universal que la creencia sin fundamento sólido.